



Mariano Romo
50,000 plus

50,000.

35/120.

1913



17. 73.

LA CRONICA.

SEMANARIO

POPULAR ECONOMICO.

COLECCION

de artículos de Viages, de Literatura, Novelas, Cuentos, Anécdotas, Costumbres, etc.

1 8 FEB 2000



MADRID 1845.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,
calle del Sordo, número 11.

GABINETE LITERARIO,
calle del Príncipe, número 25.

1911

1911

1911

1911

1911

INDICE.

	PAGS.		PAGS.
* La Desdicha en el favor.	1	* Origen de las campanas	94
Azul y Negro.	6	Pablo Allerton.	97
* Leyenda flamenca.	7	* Sombreros de hombre	100
Juana de Nápoles.	9	* Moscou.	102
La dama blanca de Alenzon.	13	Un viaje á la eternidad	103
* Esclavitud de los pueblos negros.	14	* Apuntes sobre el culto actual de Jagganatha.	109
Lucrecia y César Borgia.	17	* Columna de Bolonia.	115
* Arabia Petrea.	18	Miss Keimer.	115
* La cancion de Eloisa.	22	Los dragones.	118
De Potencia á Potencia.	25	Hipoteca singular.	119
* Cromwell disolviendo el parlamento.	26	* Los Tipulos.	120
* La batalla de Alarcos	27	La cabeza misteriosa.	121
* Sepulturas entre los antiguos.	50	* El Caballo.	125
* Los Tartamudos.	52	* La Samaritana.	126
* Maguncia.—Guttemberg.	53	* Diana cazadora	152
* Un carcomido cuerpo por un alma inocente.	56	Cuatro cabezas por una.	153
El cochero del general R.	41	La última entrevista	153
* Los fugitivos.	45	* El Robinero.	156
La casa de Pindar.	44	Francisca ó la noche de bodas.	157
* El Desman ó raton almizclado de Moseovia.	45	* Real pabellon de Brighthon.	145
La Peri	46	La marquesa de Briuvillers.	145
Propereia Rossi.	49	* El arco de Tito en Roma.	150
* El jardín de la plaza de Oriente.	50	* De la arquitectura gótica.	158
Viages.	52	La infanta Galiana.	161
Pepin el jorobado.	53	* El Chorlito real.	167
* Normandía, costumbres religiosas.	55	* La encina de Mannau.	169
Universidad literaria de Salamanca.	57	* Los Húsares.	174
* El rey Juan firmando la Gran carta.	58	* Benvenuto Cellini.	177
La Tintorella.	65	La piedra de vocacion	179
La natividad de los pájaros.	64	* Nismes.—La torre magna	181
Catalina Michelin	65	* Los Coraceros	185
* La campana de Moscou.	68	La Gastronomía.	184
Una carestia en Palermo.	69	* Jerusalem	185
* El Morso.	70	El castillo de Magacela.	188
* Los Granaderos	71	Una pasion en el desierto	189
* Muerte de Juan Goujon.	75	La Cueva de Hércules.	195
Andrés del Sario.	78	* Inundacion del Nilo.	193
La hija de la viuda y el bandolero de Borina.	id.	La defensa y libertad de Viena.	197
* Ruinas de la abadia de Jumieges.	83	Causa célebre de Vollandia	201
* Shakspeare.	91	* El grande y el pequeño Chatelet.	204
Año de 1200	92	Amores del rey don Rodrigo con la princesa Eliata	206
Año de 1428.	id.	* Artilleros antiguos.	207
* Trages militares antiguos.	95	Padilla y los Comuneros.	209
Cin. mil duros de renta.	id.		

* Maquinas antiguas de guerra	214	* La Cigüeña	284
* Interior del templo de Isambul en Nubia	215	Ledan y Mingla	285
* Tonel monstruoso	216	* Las Willis	289
* Aguas de Baden, de Carlsbad y de Toeplitz	217	Deshonra y muerte	291
Leyendas de la conquista de España	219	* Ruinas de la abadia de Mortemer	295
* Antigua testa de Apolo	225	Peters	297
* Fiacre antiguo	224	* El Ananas	500
* El Orangoutang	223	Ultimos momentos del inmortal compositor	
El Maestro Lesch	227	Mozart	501
* Aqueducto de Arcueil	251	* El águila blanca	502
* El mercader	252	El Asno muerto y la muger guillotizada	505
Macías el enamorado	255	El triunfo del Ave-Maria	510
* El Tabaco	257	* La Hortensia	511
La Bretaña	241	* El Elefante	519
* Los Carabineros	245	* Francia.—Abadia de San Bertin	526
Por un búfalo	244	* El delfin de Risso	534
* La isla de Sumatra	247	* Volcanes de la isla Haouai	542
Andaluzada	248	* Vista de la torre de porcelana de Nan-king	551
* Napoleon en Postdam	249	* Francia.—Cambray	558
El puente Da	252	Amor y fé	559
* El Torcecuello	255	Werner	561
* La Botica	253	* La ciudad de Segovia	565
* Apuntes históricos acerca de la catedral de Leon	257	* Los Carneros	567
La loca de Roupart	261	* Francia.—Vienne	569
* Francia.—Arlés	262	Doña Margarita de Austria	571
* La ballesta de mano	265	* El Epagneul	576
Adelaida de Sargans	265	Alfaima	577
* La capilla del Santo cirio de Arras	270	* Los turcos ó tátaros de Kazan	585
* Ruinas de Persépolis	276	* Francia.—Besanzon	589
La Fiesta de nuestra Señora del Rocío	278	El Cascar	591
* Entrada principal del palacio de la esposicion	280	Un sueño en Paris	595
Zadig-Baja	281	* Torre de Soumbeka en Kasen	598
		Aristófanes	400
		Vicisitudes de la guerra	405

NOTA. Todos los artículos que contienen grabado, llevan esta señal *

Un real al mes

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular* y *Museo de las Familias*, y 2 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRÓNICA.

Dos reales al mes

En Madrid y 20 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular* y *Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMENARIO POPULAR ECONOMICO.

ADVERTENCIAS.

1.º Repartimos á todos nuestros suscritores a la *Biblioteca* el presente número de la *Crónica* para que formen una idea cabal de nuestro plan en esta publicación, y para que no carezcan de él los que por falta de tiempo no han podido aun avisar para que se les considere como suscritos, pues de las listas llegadas hasta hoy, inferimos que serán pocos. ó acaso ninguno, los que dejen de favorecernos. Los que quieran continuar recibiendo se servirán avisar, si ya no lo han hecho, en Madrid por conducto de los distribuidores y en provincia en casa de los comisionados, en la inteligencia de que el número 2.º no se enviará ya, sino á los que se hayan suscritos.

2.º Se ha repartido el tomo segundo y último de las *Obras de Moratin*, y ha empezado la impresion del *Gil Blas*; tambien han empezado á estamparse ya las 100 láminas ó grabados originales que hemos ofrecido para esta obra á los que gustan adquirirlas por el precio de 20 rs. En el Gabinete literario hay algunos pliegos de muestra, que darán una idea, al que guste verlos, de como será el completo de la obra. Para fines del corriente distribuiremos un nuevo prospecto de la *Biblioteca*, anunciando las mejoras que vamos á realizar, las obras que han de seguir y las ventajas que obtendrán nuestros suscritores constantes.

LA DESDICHA EN EL FAVOR.

I.

El convento.

Una noche de enero del año de 1650 despues de las once, dos hombres embozados en sus largas capas y con el sombrero caído hasta las cejas, se hallaban parados á la puerta del convento de las Huelgas de Burgos. El frio era intenso, y la luna se dejaba de vez en cuando ver al traves de oscuras nubes que tambien por intervalos despedían tórrentes de agua. A favor de la claridad del astro de la noche, única que alumbraba la solitaria calle, podian distinguirse confusamente las facciones de los dos misteriosos personajes y aunque no tanto que bastara para hacer de ellos un retrato fiel, lo suficiente para advertir que el uno, alto, seco y con rabelo cano, podría tener ya sesenta años cuando su compañera de pequeña estatura y sin poblar la barba, no contaría quizás ni veinte. El anciano

llevaba larga espada pendiente del cinturón, señal indudable de que pertenecía a la milicia ó a la nobleza; el otro estaba desarmado y los dos mostraban impaciencia, efecto sin duda de que tardaban en abrir la puerta del convento donde repetidas veces habían llamado.

—Por Santiago mi patron! dijo el mas viejo tirando con violencia de la cadena de la campana, qué las madres duermen como difuntas; si no le miese dar un escándalo ya habría traído una docena de mazas que echasen la puerta abajo.

—No estrañe vuestra merced, repuso el compañero con voz afeminada que no nos oigan; la hora es intempestiva y como no están acostumbradas á visitas de esta especie...

—¿Tampoco yo estoy acostumbrada á sufrir los rigores de la estacion en medio de las calles y llevo mas de media hora aqui con una noche de perros; yo! el duque de Med...

—Silencio, señor, que pueden oiros y no sería prudente...

—Teneis razon; el buen servicio de S. M. me impone la obligacion de ser discreto... pero hagamos otra vez y llamemos sin cesar á ver si logramos que despierte alguien.

—Creo que no es necesario, continuó el joven, veo por las rendijas de la puerta atravesar una luz y no puede ser sino la madre tornera que nos haya oido y venga á informarse de quien somos.

En efecto una no habla acabado la frase el que hablaba, cuando una voz chillona y en la que desde luego se conocía el mal humor producido por una intempestiva interrupcion de sueño, preguntaba por una ventanilla que con su correspondiente celosía daba sobre la puerta.

—¿Quién es? ¿Quién llama a estas horas? ¿Qué se ofrece?...

—Madre tornera, dijo el joven esturzando la voz; tenemos precision de hablar ahora mismo a la abadesa.

—Yo no soy la madre tornera, replicó la monja siempre de mal humor; la madre tornera esta enferma y yo soy sor Patrocinto de la Encarnacion, que la he sustituido nada mas que interinamente.

—Todo eso no nos importa ni ardite, replicó el duque, (ya sabemos que era duque el mas abieiano) lo que queremos es que avise sor Patrocinto ó cualquiera, á la madre abadesa y la diga que deseamos hablarla.

—A estas horas es imposible, y luego ¿quién son vuestras mercedes para venir con tamaña pretension?

—¿Quién somos lo diremos á la abadesa, á vos solo tenemos que pedir que en el desempeño de sus interinas funciones tengá la bondad de avisarla diciéndola que un pariente suyo quiere verla al punto.

—Un pariente! será vuesa merced por ventura...

—He dicho que no puedo deciros quien soy.

—Entiendo, entiendo; pero no estrañéis...

—Nada estraño, solo os ruego que os deis prisa.

—Voy, voy al punto...Un pariente! Antes que despertar á la madre abadesa, que ha de tardar en vestirse, me parece prudente que entren en el locutorio. La noche está muy fría y la calle húmeda y solitaria.

—Pocos minutos despues, la puerta se abrió dando paso á nuestros dos desconocidos. El mas jóven entró delante, pero tan tapado el rostro con la capa y tan encasquetado el sombrero, que fueron inútiles las diligencias de la monja para verle la cara; el duque por el contrario sin recatarse se quitó el embozo y con aire desembarazado siguió á su compañero hasta el locutorio donde tomaron ambos asiento mientras que sor Patrocino fué á buscar á la abadesa.

—Estas monjas á todas horas tienen gana de conversacion, dijo el anciano; si la damos tela nos tiene toda la noche á la puerta.

—Que queréis señor, las pobres viven encerradas entre quatro paredes sin ver á nadie...sino...

—Un profundo suspiro ahogó la frase, y ambos quedaron en el mayor silencio; mas de media hora habia pasado cuando se presentó la abadesa; al entrar en la sala quiso hacer una exclamacion, pero la contuvo una señal del duque; entonces despidió á la portera y cuando quedaron solos corrió á arrojarle en los brazos del anciano.

—Mi querido tío! dijo, ¿cómo habla ya de imaginar semejante dicha?

—En efecto no era de presumir que yo me hallase aquí ahora; pero así lo ha dispuesto el que puede mas que nosotros.

—Según eso venis de parte del rey.

—Así es; vengo á desempeñar un triste encargo. Entrate de esos papeles y cumple la orden de S. M. como yo la he cumplido.

El jóven que habia acompañado al duque y que permanecía inmóvil en la silla como absorto en profundas meditaciones, sacó el pañuelo para enjugarse una lágrima que corrió por sus mejillas. La abadesa leia con la mayor ansiedad notándose por momentos crecer su agitacion. Por último volviéndose al duque le dijo, «Aquí hay un pliego cerrado en cuyo sobre se previene que no se abra sin una expresa orden del rey, ó hasta despues de su muerte, si antes la orden no ha venido. Cumpliré fielmente cuanto se me manda.»

—Nuestro buen monarca, dijo el anciano, cuenta con tu discrecion.

—Oh! puede estar seguro de ella.

—Así se lo he prometido yo.

—Y me diréis ahora, tío, continuó la abadesa ¿dónde se halla la persona que se me encarga guardar aquí entre estos muros?

El duque señaló á su compañero.

—No te asustes, le dijo á la sobrina viendo su estrañeza pintada en su rostro; es una muger, y una muger desgraciada.

—Ah sí! muy desgraciada!! exclamó la jóven arrojando la capa y el sombrero que la disfrazaban y queriendo echarse á los pies de la abadesa que la recibió en sus brazos:

—No os aflijais, hija mía, la dijo esta, si el mundo ha sido ingrato con vos, aquí encontrareis una amiga sincera, y el consuelo que da Dios á sus criaturas; Dios que es mas justo que los hombres.

—Un sollozo fué toda la respuesta que pudo articular la jóven.

—El duque enternecido de aquella escena, queriendo sin duda poner fin cuanto antes á una comision que le era tan violenta, se apresuró á despelirse. «A Dios, sobrina mía, dijo á la abadesa; escuso recomendarle á esta jóven porque te conozco bien y sé que á tu lado su cautiverio será dulce; por eso he inclinado el ánimo de S. M. para que te la confie. En cuanto á vos, señora, tened esperanza; acaso no está lejos el día que os hagan justicia y podais volver al mundo á disfrutar de las delicias con que os convida vuestra hermosura y vuestra juventud. Quien sabe si en breve se abrirán estas puertas...

—Si se abrirán, señor, pero será para dar me paso al sepulcro...Dios mío! Dios mío!...Concededme fuerzas!...Y cayó desmayada en los brazos de la abadesa.

Despues de prodigarle los necesarios auxilios y cuando hubo vuelto en sí, el duque se retiró y la abadesa la condujo á una magnífica estancia adornada con lujo propiamente régio.

—Esta es, dijo la abadesa, la celda que os destino.

—A mí, señora?...Es demasiado lujo para una infeliz prisionera.

—Esta es la habitacion, añadió la religiosa, que tenemos preparada para cuando viene al convento alguna persona real. En ella os han precedido doña Sol, doña Leonor de Castilla y otras infantas de Castilla y de Leon.

—Yo no soy ninguna infanta, no soy mas que...

—Sé muy bien quien sois, interrumpió la abadesa y sé que mereceis ocupar este aposento. ¡Ojalá estubiese en mi mano el remedio de vuestras penas, como el deseo de dulcificarlas!

—Y yo, señora, os pagaré con una gratitud eterna tantas bondades.

Las dos se separaron hasta el día siguiente.



II.

La pordiosera.

Cuando gobernaba la monarquía española, el buen rey Felipe IV, nieto y sucesor del segundo de su nombre, pero no heredero de sus talentos, andaba por las calles de Madrid una joven que cantando romances ganaba escasamente para no morir de hambre; divirtiendo á los ociosos á quienes la falta de dos reales impedía acudir al corral de la Cruz á aplaudir alguna de las producciones del fecundo Lope de Vega, ó del inmortal Calderon que entonces empezaba á adquirir popularidad y renombre. El teatro donde nuestra heroína lucía sus habilidades, era por lo comun los portales de la plaza mayor, en aquella época mas concurridos que ahora, puesto que servian para

pasear, principalmente en las tardes lluviosas de invierno. No consistia solo en cantar la habilidad de Maria, así se llamaba la joven, sino que tambien representaba, sobre todo las vísperas de las grandes solemnidades que á ejemplo de los teatros solia recitar algun *auto ó loa* análoga á la festividad que se celebraba. Así ganaba la vida Maria y así pasó desde la edad de diez años que quedó huérfana de padre y madre hasta la de diez y seis en que empieza este relato. Como sus necesidades eran pocas, pronto se veían satisfechas. Un refajo de bayeta en el invierno con un pañuelo de lo mismo, un zagalejo de indiana y pañuelo de verbas en el verano, con un manto de muselina blanca para el calor y de estameña para el frío, he aquí su ajuar, debido en parte á la piedad de algunas señoras que la socorrian. Maria sin embargo pasaba sus apuros; el público se había acostumbrado á oirla y ya no la hacía caso, porque el público es volu-

le que pasa pronto un todo; las limosnas escaseaban y las necesidades crecían; pues á medida que ólala más edad, quisiera mayor vergüenza su traje desaliado y á veces sucio y rudo.

Una noche, y á poca de Navidad, se hallaba María á las once y media sentada con sigilosa frente á la puerta de su ístrito en la calle de Toledo, esperando que fuese la gente á la misa del gallo, para ver si cuando algún villano alcanzaba lo distante siquiera para no desfastecer de necesidad, ¡mas por uno de esos contrastes que son tan comunes en la vida del desgraciado, un solo bocado de pan había próximo en aquel día, en que mas que nunca olusiente Madrid su abasto de comestibles; ni un alma había acordado María que se escuchara ni socorriera y ocupado todo el mundo en hacer provisiones, los gritos de abundancia habianahogado la voz de la miseria.

El movimiento de los coches y de la gente que empezaba á salir de sus casas para acudir á los templos, sacó á María de una especie de letargo en que había caído; su imaginación contemplaba la bullosa alegría de los transeúntes y las lágrimas corrían con abundancia de sus ojos, por que María tenía el corazón sensible. « Quizás, declaran amargura, yo soy la única que en tan solemne noche se acuesta en Madrid sin cesar. » En vano quería la tentó ensayar alguna canción, el dolor le quitaba las fuerzas y la debilidad ahogaba su voz.

Fuera el triste estado de María cuando acertó á pasar un santísimo cocho; entonces maquinalmente y como guiada por un instinto de que ella misma no hubiera podido darse cuenta, corrió al carruaje, y con voz sobrenatural y Señor, esclamo, me llamo de hambre, una limosna por Di... » No pudo acabar y cayó desmayada casi debajo de las ruedas.

Allá dentro del coche un estallero jóven y de buen porte que inmediatamente mandó parar, se apeó y reconociendo el triste estado en que María se hallaba, le prodigó todo género de auxilios, hasta que volvió en sí; entonces metiéndola en el carruaje le preguntó donde vivía para conducirla. Atónita María, sin acertar á comprender ni mismo que estaba viendo, y aturrida aun por efecto de la caída y las roncaciones que la habían precedido, dió las señas de su miserable albergue, en la calle de la Paoloma y se dejó conducir sin hablar palabra. Cuando llegaron á la puerta, bajó el primero su libertador y haciéndola descender quiso acompañarla hasta dentro; algo mas despejada, María se autorizó con la idea de la pobreza de que iba á ser testigo, y le snolizó no se molestara, pues ya se sentía buca, añadiendo que solo deseaba saber el nombre de la persona á quien debía la vida. El caballero insistió de nuevo, pero viendo que ella repugnaba, mandó al ísnyo que la acompañe y le dijo: « No insisto por no causaros disgusto; queréis saber mi nombre y no puedo negaros esta demanda; me llamo Nélio, muchos saludos al resto, » María le toso la mano, quiso agradecerle; pero él no le consintió, la obligó á que se apoyara en el brazo del

oriado y la despidió deseándole su completo alivio y una buena noche.

Cuando María quedó sola reparó que el lacayo había dejado un bolsillo lleno de monedas de plata y oro sobre la mesa, sin duda por error de su amo, y estuvo á punto de volverse loca de alegría. La costumbre que tenía María de vivir de la caridad pública le hacía mirar este rasgo de generosidad como una providencia, sin dar mas importancia á la limosna que la que de suyo tenía por el crecido valor; así, pues, al día siguiente empezó á usar de la bolsa que tan generosamente le habían dado para proveerse de lo mas preciso. Cubiertas las primeras necesidades le ocurrió la idea de irse á vivir á otro parage mas cómodo; pero una reflexión le detuvo; su protector le había dicho que aguardase al otro día y no era prudente mudar de domicilio, porque María sin saber por qué pensaba en el jóven que la había socorrido y pensaba tanto que hasta le entristecía la idea de no volver á verle.

Tres días se pasaron en los cuales María estuvo inquieta y desasosegada, nada le faltaba, jamás se había visto con tanto dinero junto y sin embargo no era feliz. Hay secretos en el corazón humano que ni pueden explicarse, ni comprenderse.

Al cuarto día por la mañana recibió un billete cerrado por conducto de una muger de la vecindad de quien se había servido para algunos recados desde que era rica; lo abrió al punto y leyó lo que sigue:

« Me he informado de quien sois y de la manera como ganais la vida; me intereso mucho por vuestra suerte y si os conviene puedo proporcionaros una plaza de dama en el teatro, que os ponga al abrigo de la miseria y os facilite los medios de adquirir renombre luciendo vuestro brillante talento. Si aceptais, mudad de habitación, alojais decentemente y el mismo director de la compañía irá á haceros las proposiciones.—

NCSO.

María repitió varias veces la lectura del billete sin acertar á comprender bien su contenido. Ella dama del teatro y solicitada por el mismo autor de la compañía!... esto era una felicidad superior á cuanto su imaginación hubiera podido idear nunca, porque María era una verdadera artista por inclinación y tenía grande apego á sus hábitos; María cantaba y representaba en las calles para ganar la vida; pero, preciso es decirlo, tambien lo hacía por inclinación. Una cosa le mortificaba en el contenido del billete; su protector no dejaba entrever intención al proyecto alguno de verla. Sin embargo contestó al punto que estaba no solo conforme, sino gustosa en abrazar la nueva carrera con que se le brindaba y que en esto como en todo seguiría los consejos de quien tanto interés tomaba por su suerte. En seguida alquiló un cuarto en otra calle mas principal, lo amuebló decentemente,

se proveyó de ropa análoga á su nueva posición y esperó la visita del director del teatro. No se hizo esta esperar mucho y fueron tales sus proposiciones que María no tuvo que hacer sino aceptar, costándole no poco trabajo disimular su excesiva alegría. Cerrado el ajuste, el empresario dejó á María el importe de un trimestre, cantidad suficiente para que ella se juzgase mas rica que una reina, y se despidió comunicándole que al día siguiente le enviaría el papel de la comedia en que debía presentarse por primera vez.

María se dedicó al estudio con una afición, con una constancia maravillosa, y fueron tales sus

progresos, gracias á las lecciones de Calderon de la Barca, autor de la pieza, que nadie dudó, en vista de los ensayos, de su completo triunfo. Llegó en fin el día deseado, todas las localidades estaban llenas, María se presenta y un aplauso general resuena en todos los ángulos; á cada palabra, á cada escena los aplausos y los bravos se repiten y María entusiasmada, perdido el miedo del primer momento, hizo prodigios.

Ocupada de sus triunfos no habia reparado en un jóven, que modestamente vestido y colocado entre bastidores, á veces seguía con los ojos todos sus movimientos y otras distraído y preocupado



parecía meditar algun proyecto. Este jóven era Nuño que disfrazado para no ser conocido, y sin perder de vista á su protegida, no habia querido presentarse á ella para no humillarla, hasta tenerla asegurada una posición brillante e independiente.

Cuando la función concluyó se dió á conocer, y

María creyó sucumbir al peso de tanta dicha en un mismo día; la pidió permiso para acompañarla, que ella le concedió graciosamente, y desde este día las relaciones de María y Nuño fueron mas intimas, aunque cubiertas de un impenetrable misterio.

Una noche, porque de noche y á deshora era

cuando los dos amantes se veían. Nuño estaba triste y abatido como si lo dominase una pena profunda. María quiso saber la causa y después de muchas instancias

—Te pierdo para siempre, la dijo su amante.

—Cómo! exclamó ella; ¿me abandonas, te vas?

—Abandonarte! jamás! Es peor aun nuestra desgracia. El rey quiere verte, ha oído celebrar tu talento, y como sabes su afición al teatro ha mandado disponer una función extraordinaria en el palacio del Buen Retiro con el solo objeto de verte. Yo conozco al rey y sé bien las consecuencias de esta disposición. Tendrás que ser su querida y yo....moriré de dolor.

—Que mal me conoces, Nuño, piensas que aun cuando el rey ponga á mis pies su corona podría yo olvidarte por él; á ti que me has arrancado de los brazos de la muerte, qué me has sacado de la miseria para hacerme feliz?...Aprende á juzgarme....ni el rey de Castilla que es poderoso, ni todos los reyes juntos podrán robarte mi amor. Está tranquilo y vive seguro de que el corazón de tu María solo late por tí.

—Lo sé bien; pero eso no basta, tú no conoces la corte, tú no sabes lo que es la voluntad del rey. Que importa que tu corazón sea mío; tendremos que renunciar el uno al otro, porque el rey aunque no te ame querrá ser solo y castigaria con la muerte al que supiese que había osado poner los ojos en tí. Nuestro amor es un secreto que es preciso que baje con nosotros á la tumba, porque si mis temores se realizan, entonces sería un crimen que nos haría pagar bien caro el caprichoso monarca.

—Yo creo que te alarmas sin motivo; ¿porqué has de suponer que en el hecho de verme el rey, se ha de enamorar de mí?

—Ah! no lo dudes; se enamorará; lo conozco bien.

—Pues entonces aun hay un medio; esa función no puede verificarse antes de dos ó tres dias; tenemos tiempo para huir, vámonos á Francia y gozemos allí del placer de querernos sin que nadie turbe nuestra dicha....¿Callas? ¿no me contestas?

—Imposible; el mundo me acusaría de mil delitos, ignorante de la verdadera causa de mi huida; además perder mi posición, renunciar á las esperanzas de un porvenir que se anuncia bajo tan felices auspicios!...

—Es verdad, interrumpió María, y eso por mí que hace dos meses imploraba la caridad pública por las calles! Yo soy una loca en imaginar....Pero quien sabe! No sé por que presentimiento el porvenir que á ti tanto te alhaga á mí me estremece; ¿quién te ha dicho que esos honores, esas riquezas, esa gloria á que aspiras no podrán ser precursores de tu desgracia. La amistad de los reyes, Nuño es muy efímera y suponiendo que logres realizar tus proyectos, el favor te grangeará enemigos, la envidia te tenderá lazos y si logran derribarte la caída será terrible. Vuelve atrás el rostro, medita la suer-

te que habiendo al duque de Lerma, á Rodrigo Calderon, al duque de Uceda y á tantos otros que decapitados ó proscritos han pagado con lágrimas de sangre su pasajera privanza.

—No temo nada; conozco al rey y á los que la rodean; solo temo perderte...y ¿quién sabe? ¿No será mas seguro el éxito de mis planes si el rey se enamora de tí?

—Ah! don Nuño exclamó María sollozando, todo lo comprendo ahora! La ambición os ciega, Dios permita que algun dia no sea causa de vuestra ruina.

(La conclusion en el número inmediato).

AZUL Y NEGRO.

—Una comida de fonda para todos los presentes, á que no adivináis lo que acaba de suceder en Sevilla á nuestro amigo Pepe....

El que así se explicaba, era un jóven como de 20 años, elegantemente vestido, que acababa de aproximarse á otros cuatro de su edad, sentados alrededor de una mesa en el café de Venecia hace pocas noches.

—El diablo que lo adivine, contestó uno de los interpellados.

—Apuesto que algun gitano de Triana te ha *camelado* los cuartos, replicó otro que por su acento daba bien á conocer que era paisano de la Giralda.

—No es eso: dijo el recién llegado tomando una silla y sentándose entre sus amigos.

—Alguna aventura de amores; como si lo viera.

—Cerca te andas; pero una aventura de amores, es cosa muy vaga; adivinar qué clase de aventura y como convido á la fonda...cuando pueda.

—¿Pero tú has tenido carta?

—Suya no; de Nicolás, el hijo de aquel comerciante...áquel que fué discípulo nuestro de matemáticas....

—Ya sé; ya sé; ¿y qué dice? no seas pesado; cuenta lo que sepas si merece la pena, que yo tengo que hacer.

—Y yo, añadió el andaluz.

—El que tenga prisa que se vaya, dijo el de la anécdota; yo no cuento nada sino me convidais, aunque sea á escote, á un vaso chico de agua de naranja del tiempo, que tengo la garganta seca y los bolsillos mas limpios que la camisa que me la ha puesto hoy.

—Y nos querías convidar á la fonda si acertá-bamos!

—Es que ya sé yo que no acertais; además que si hoy estoy *tronado*, pasado mañana me toca cobrar una *onceja* que me manda mi madre por extraordinario; hoy me envía la letra y un sermón de cuatro caras; pero como vi la letra antes que el sermón; no me ha parecido este tan largo como otras veces.

—Vamos á la aventura de Pepe y no divagar. Mozo! Un vaso chico de naranja del tiempo, dijo el sevillano con cierta gravedad cómica.

Ola? estás en grande? Si lo sé, hubiera pedido sorbeta.

—Quieres contar lo de Pepe?

—Ya comenzó: pues señor, es el caso que Pepe según noticias, gusta mucho de las sevillanas... Y tiene razon... si son tan monas!.. Pero entre todas las sevillanas se le antojó distinguir y favorecer con su amor... un amor como de Pepe... ¿á quien diréis?... A la muger de un tintorero!..

—De un tintorero!!! exclamaron todos.

—Justamente; linda y graciosa como una sílfide, según dice la crónica. La tintorera se dejó llevar de esa elocuencia parlamentaria que sabeis tiene nuestro amigo, y después de algunos melindres, consintió en recibirlo en su casa. Pero oh desdicha! el marido los sorprendió *in fraganti* y hombre forzudo y de buenos puños, con todo el torrente de razón que tiene un marido en tales casos, coge á nuestro jóven colega y me lo zambulle en una tina de azul de Prusia que tenía preparada para trabajar el día siguiente. Hecha la operación, le abrió la puerta y lo plantó en la calle.

—Pues no escapó tan mal, dijo uno del correo.

—Sin embargo, Pepe no había podido, á la hora de salir el correo, quitarse el tinte azul impregnado perfectamente en el cutis, porque sin duda para este efecto lo tuvo un gran rato en remojo su antagonista, y el hecho es que ni podía menearse de casa, ni vér á nadie, ni pasear, ni...

—¿Sabes que es cosa formal? Sin duda hallará modo de limpiarse porque sino....

—Esa es la única esperanza que le ha impedido tirarse al Guadalquivir. Pepe pintado de azul! Buena facha estará!

—Pues sabes que si los maridos dan en esa gracia, no vamos á encontrar por Madrid mas que gente pintada?

—La idea es chistosa, que bueno hubiera sido que le hubiesen metido en una tina de jaspear papel!... hubiera parecido un lagarto.

—Si al cabo lo hubiera pintado de negro podría andar por las calles, qué un negro no es un peregrino en Sevilla... Pero un hombre azul!...

—A propósito de negro, dijo el andalaz; me recordáis una aventura que aun cuando no guarda analogia con la que acabamos de oír, no deja de tener gracia. Hace dos años, el verano anterior á venir yo á Madrid, estuve en una partida de caza con otros dos amigos; el uno jóven, de mi edad poco mas ó menos y el otro hombre ya que sayaba en los 50, pero francote y campechano, siempre de buen humor y siempre listo, tratando de divertirse. Salimos por la tarde para quedarnos en una venta á dos leguas de la ciudad y estar á la madrugada en el campo de nuestras hazañas; pero no habíamos contado con la huésped: la venta estaba ocupada toda y no había ni camas ni cens;

lo último era lo de menos porque llevábamos provisiones. La ventera me dijo que nos daría un colchon, el único de su cama, pero que era chico y solo podríamos acomodarnos en él dos muy malamente; me concerté con mi amigo para jugarle una chanzoneta al compañero machucho, y haciéndole creer que no faltaría acomodo, nos pusimos á cenar alegremente; se bebió bastante y al fin de la cena nos escorrimos mi amigo y yo, y nos apoderamos del colchon, don Juan, que así se llamaba el otro, acometió á la ventera para que lo colocase en cualquiera parte, aunque fuese partiendo la cama con alguno de sus huéspedes; pero todas las camas estaban á dos individuos excepto un gergon que ocupaba un negro, criado de unos señores de Sevilla; nuestro compañero aceptó la mitad del gergon del negro, conformándose á la fuerza por no dormir sobre las piedras del portal. Cuando estuvo bien dormido, provistos de polvos de corcho quemado, fuimos á la cama y lo pintamos dejándolo hecho una sarten. A la mañana siguiente lo despertamos á grandes voces sin entrar en el aposento para que no conociese en nuestra risa que éramos los autores del chasco. Se levantó y nosotros observamos sus movimientos por el ojo de la llave; cuando estuvo medio vestido se arrimó para ponerse la corbata á un mal espejo colgado en la pared. Este era el momento que nosotros deseábamos. «Qué bárbaros! exclamó viéndose tiznado; ¿pues no han despertado al negro?» Y viniendo á la puerta torció la llave y se volvió á la cama con la mayor tranquilidad. Viendo frustrado nuestro plan de reírnos á su costa, nos fuimos á la cacería, y á la hora de comer pareció como si tal cosa hubiese sucedido, disculpándose de su pereza.

—¿Sabes que fué chasco gracioso, y ocurrencia original?

—Lo fué tanto que dió que reír para mucho tiempo en Sevilla.

—Pues yo tambien he visto....

—Otro día nos contarás lo que has visto que yo tengo que hacer.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

—Pues entonces se levanta la sesión.

PILADES.

Leyenda Flamenca.

La historia que voy á referir se la he oido contar en el país de Flandes á una linda jóven que se apoyaba dulcemente sobre mi brazo, una noche en la ribera del Escalda, río caudaloso, sobre cuyas aguas reflejaba la luna como en un espejo. Allí estábamos solos sin mas testigos que las aves nocturnas que daban vueltas en el aire, sin otro ruido que el producido por las olas al alejarse de la orilla.

«Había allá abajo, dijo mi compañera, allí donde ahora se distingue esa casa que nos envía por intervalos los ecos de sus instrumentos de música y de sus gritos de alegría, un noble y vasto castillo, cuyo propietario había seguido á la Tierra Santa al emperador Balduino. Hacía ya algunos años que Begga pedía á Dios en sus oraciones que le hiciese conocer cual había sido el destino de su esposo; y lo pedía llorando, lo pedía al pie de los altares y lo pedía sin cesar, porque el pensamiento del regreso de su marido le daba alguna fuerza para alejar de sí otro pensamiento.... El de Yans, el sobrino del conde, que de paje imberbe que era cuando este marchó, se había convertido en un joven y elegante caballero, el mas agraciado de los contornos para llevar el casco y la coraza. Cuando la condesa lo miraba miraba él de color y siempre que la dirigía la palabra lo hacía con voz balbuciente y temblorosa; Begga por su parte perdía de día en día el sonrosado de sus mejillas y bastaba para comprender que un mal lento la acometía y que insensiblemente se aproximaba á los bordes del sepulcro.

«Una mañana, tristemente recostada en su sillón, había la condesa mandado retirar á todas sus doncellas y la agitaban mil pensamientos que agravaban su padecimiento, cuando sintió paseos en la pieza inmediata; un frío glacial inundó su alma aumentando visiblemente con la presencia de un joven que entró en la estancia.

«El joven se detuvo, como si temiese avanzar mas y arrodillándose luego respetuosamente hi-



zó un ademán de despedida y se levantó para alejarse en silencio: «Yans!» exclamó la condesa.
 —«Si, señora, respondió aquel con una voz

mezclada de sollozos. Yans que parte también para la Tierra Santa. ¡Quién sabe sin logrará descubrir la suerte que ha cabido al conde á quien llorais sin cesar!... ¡Quién sabe si logrará realizar también otro pensamiento!

—«Que pensamiento, Yans! exclamó la condesa estremecida

«El de morir, señora.

—«Morir! habláis de morir á vuestra edad!..

—«¿Y qué importa la vida á quien sufre el tormento de un mal incurable?

—«Hablad, ¡oh hablad! Yans, exclamó la condesa fuera de sí; hablad y que Dios os proteja»

«Y se cubría el rostro con sus manos calenturiantes.

«Sin embargo él no habló y cuando llegó la noche los encontró el uno al lado del otro; la condesa llorando cubierto el rostro con su pañuelo y Yans á sus pies renovando el juramento de morir por ella

—«Partid, dijo al fin la condesa con voz agonizante; partid y Dios nos perdone! partid y ¡oh! ¡oh! que una vida de penitencia espere este día de triste felicidad! Partid, id á combatir á la Tierra Santa y no os acordéis de mí sino para pedir á Dios en vuestras oraciones que me juzgue segun su misericordia y no conforme á su justicia.

«El caballero Yans partió á la mañana siguiente, las doncellas de la condesa lloraban, no en el camino que conduce á la mar, sino al lado de un lecho fúnebre repitiendo: «La condesa ha muerto: Dios tenga piedad de nuestra buena señora»

Después quisieron enterrar el cuerpo inanimado trasladándolo á su capilla del castillo, pero un gran crucifijo de marfil apareció repentinamente en la puerta y con los brazos extendidos y voz aterradora dijo impidiendo el paso:

—«El cuerpo de la condesa permanecerá en este lugar y su alma á las puertas del paraíso, hasta que el caballero Yans haya recitado un *De Profundis* por ella.

«Pero ay! días, meses, años y siglos pasaron y el cuerpo de la condesa no pudo sacarse del gabinete mortuorio. Solamente una noche hubo una gran crecida en el Escalda y las aguas se llevaron el castillo y el cadáver de Begga.

«Los marineros dicen que en la noche de ciertos días se vé errar por las olas una mujer llorosa que estiendo los brazos al cielo, pero al rayar la aurora se la vé de nuevo sumergirse en el fondo de las aguas.»

He aquí la historia que he oido contar en el país de Flandes: á una linda joven que me la refería una noche apoyada dulcemente en mi brazo.

E. BERTHOUD.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,
 DE D. F. DE P. MELLADO.—EDITOR.
 Calle del Sordo núm. 14.